

ct

La lenta pesquisa

de
Albert Tola

(fragmento)

Dos. Un muerto me visita.

Vuelves con tos del funeral de Valentina. Te sientas en la minúscula cocina de tu reducido apartamento y tomas el té, que está demasiado caliente, a pequeños sorbos. ¿Tomás Milosc, por qué te demoraste tanto por las calles aquella noche? Eres un callejero... de no aceptar la última cerveza... ¿Pero la hubieras podido ayudar realmente?

Te hallas inmerso en estas cavilaciones cuando suena el timbre de la puerta. Qué extraño, si nadie conoce tu dirección... Vas a abrir... Por un momento piensas en mirar por el ojo de la puerta, pero lo descartas sin saber bien por qué... Abres la puerta.

Frente a ti, en el marco de la puerta, un muchacho de unos quince años, con una expresión grave, impropia de su edad. En sus ojos marrones habita una mirada cálida, sincera y (casi) insondablemente melancólica. El rostro es pálido, difuso. Si bien su ropa es formal, parece ropa formal para la primavera o para el verano. Viste bombachos y camisa blanca. Por las mangas arremangadas piensas que aquel hombre no debe tener frío. Luce al cuello una corbata negra, desabrochada. De repente te parece reconocerlo, pero es imposible. El muchacho, con su boca pequeña, lo dice por ti...

Soy tu tío Robert, ¿puedo pasar?

Un escalofrío te recorre la espalda. Recuerdas la fotografía de tu tío, que has visto desde la infancia en la repisa del comedor de casa, en Varsovia. Aquel adolescente que ahora tienes delante, sentado en una silla frente a unos matojos, con otra silla vacía al lado. Tu madre siempre dice que fue Valentina quién tomó la fotografía, en el año 37.

La visita te importuna. Tienes tantas cosas en qué pensar... y lo que faltaba: ahora tienes un muerto en el marco de la puerta. El conjunto es tan exagerado que parece un sueño. ¿Pero qué se le va a hacer, no vas a dejar al muchacho en el pasillo? Sería una descortesía con tu ancestro. Y ya se sabe, cuando uno es descortés con uno de ellos, lo es con todos; todos parecen una única masa pensante al otro lado... Quién sabe, quizás viene a hablarte de su hermana Valentina...

Adelante. Por favor.

Te parece que mira con lentitud: eso le da un aire fantasmal. Como si de un vivo se tratara, le señalas el sofá para que tome asiento. Tienes que reprimirte para no ofrecerle un café.

¿Mi hermana te ha hablado mucho de mí?, dice.

¿Cuál de ellas?

Maria.

Toda la vida. Siempre me decía que yo era físicamente igualito que tú. Decía que teníamos la misma cara.

¿Hablabas como si me hubiera conocido?

Siempre fue así.

¿Y ahora que me tienes delante, tú crees que tenemos la misma cara?

Bueno, hay un aire de familia.

Y dime, ¿tienes mucha vida erótica?

De habértelo preguntado, jamás hubieras dicho que podías reírte con un fantasma. Se te escapa un ademán coqueto, lo cual, dadas las circunstancias, te parece grave.

Bueno, no me puedo quejar.

¡A mí no me engañes! Yo no lo hice nunca. Eso sí, estuve a punto una vez. Siento tanta nostalgia hacía la materia... dice el tío Robert mientras emite un breve suspiro. De tan breve, parece calculado o, más bien, una breve aspiración, como si cogiera fuerzas para contar...

Un muerto no ofende. O al menos, eso creo. Y como un muerto no ofende, debo confesar que si siento nostalgia por algo de cuando me encontraba entre vosotros es por mis ratos con Lluís Tur i Ramallo. Le conocí en una fiesta en casa del primo Joanet. Lluís estaba estudiando medicina y era unos años más joven que nosotros. Le conté que a los catorce años yo había hervido un gato muerto, lo había desmontado y vuelto a montar y quiso que le enseñara a hacerlo.

Conocí a Lluís Tur i Ramallo cinco meses antes de mi muerte y nos encontramos a lo largo de un ventoso mes de noviembre para buscar juntos un tesoro improbable: nuestro gato muerto. El viento barría las hojas de los plátanos entre las calles repletas de viejas fábricas y de casas obreras, mientras peinábamos con la mirada cada esquina. De vez en cuando, nos mirábamos y nos reíamos por lo absurdo del autoimpuesto cometido.

Tuvimos suerte y encontramos un gato negro, todavía caliente, que metimos en una cesta tomada de la cocina. Al comprobar que estaba muerto, nos dimos un abrazo tan fuerte que sentí que dejaba de ser yo en aquel abrazo. Lo juro: pensé que después de aquello podía morirme. Cargamos la cesta entre los dos, cada uno un asa. Durante aquel regreso fue cuando me di cuenta de quién tenía al lado. Era pálido, moreno, tenía los ojos verdes, casi marrones. Una de las virtudes del color de sus ojos era que no podías definir con seguridad cuál era realmente.

Su casa, en la calle Caspe, tenía siete habitaciones conectadas por un largo pasillo, al fondo del cual había colgado un Sagrado Corazón. Contenía muebles grandes y oscuros, de los techos pendían candelabros eléctricos... un ambiente parecido al de casa.

Nada más entrar, pusimos a hervir al gato en la cocina y nos olvidamos del tema: se dispuso a enseñarme la casa como quién revela un secreto. Las casas que parecen laberintos me gustan tanto como las historias que parecen laberintos; las puertas conducen a habitaciones con otras puertas, las despensas son pasadizos secretos reformados, las cocinas te llevan a estancias apartadas en las que no es fácil oír los gemidos de las criadas. En uno de los sueños de mi infancia, recuerdo que la

conexión entre el mundo de los vivos y el de los muertos se daba en el paso de la cocina a la despensa, que era una zona alargada y en desuso, salvo para guardar víveres. Una vez uno cerraba tras de sí la puerta de la cocina, en realidad se adentraba en un vagón de tren del siglo XIX, en el que nuestros ancestros muertos viajaban vestidos de luto en los vagones del tren y me saludaban desde dentro de los compartimentos. En este estado tan cercano al sueño, me acuerdo de sueños que tuve en vida como si fueran recuerdos. Por fortuna, nunca he sido un fanático de los datos exactos ni del rigor en las narraciones: eso me impediría ahora contar esta historia. Los recuerdos se mezclan con lo que he visto una vez he estado fuera de juego, y esas historias, con otras que me he inventado o que soñé o estoy soñando ahora que todas esas imágenes se disuelven en un todo fabuloso e indistinto. A causa de mi enfermedad, he entrado en el reino de la imaginación, en el punto de vista de la imaginación. Si la muerte es lo que imaginamos, efectivamente, yo he muerto.

Lluís me llevó a la habitación de música de su padre (en esa familia, eran un poco cursis):

La llamaban: El nostre petit Liceu.

Por la falta de familiaridad con que abrió la puerta, pensé que él no entraba ahí a menudo. En ella había dos sillones y entre ellos un gramófono. Las paredes estaban forradas de discos y de libros hasta el techo.

Mis padres no necesitan ir a la ópera para ir a la ópera. Siéntate. ¿Qué quieres oír?

*No supe qué contestar. Él no permitió que durara mucho aquel momento penoso para mí. Sacó de una estantería un disco en el que pude leer: *Tristán und Isolde* y lo puso.*

Tuve la impresión de que una forma de mal se colaba en la habitación y sentí deseos de pecar con Lluís. No podía dejar de mirarle las manos que seguían el compás de la música en los brazos del sillón. Cerré los ojos y dejé que aquel maléfico sonido de cuerdas entrara en mí. Se me olvidó el gato que hervía en una olla y empecé a imaginarme cómo Lluís se sentaba encima mío y me besaba. A la espera de los suyos, mis labios se estaban resecaando. Pero los minutos pasaban y el cuerpo de las cuerdas era el único que se contoneaba en aquella habitación. Miré por la ventana. El viento mecía las hojas marrones de los plátanos, de vez en cuando alguna se desprendía. El aire era gris, y solo tras algunas de las grandes ventanas podían verse luces encendidas. Era domingo en el Eixample dreta, si bien eso no significaba gran cosa en un barrio donde cada día parecía domingo. Aun así, en domingo, el barrio desplegaba su esencia melancólica en todo su furor. De repente, Lluís se levantó y detuvo el gramófono. Tenía los ojos rojos. Algo le ocurría que yo no alcanzaba a adivinar.

¿Quieres que te enseñe otro lugar secreto?

Asentí, aunque yo me hubiera quedado en aquella habitación el resto de mi vida. Si existe el paraíso, para mí puede ser una prolongación de este momento hacia lo eterno, pensé. Y no me equivocaba... Salimos al rellano de la escalera y bajamos hasta el sótano. Abrió tres puertas con tres llaves distintas y las cerró tras de sí. Nos encontramos frente a un túnel excavado dentro de la tierra, suavemente iluminado por un sistema que parecía algo frágil. El túnel estaba cubierto de ladrillo rojo. Al fondo del pasillo se vislumbraban otros túneles que conectaban con el nuestro y que parecían conducir lejos. Era un poco oscuro, pero me pareció que Lluís apretaba los dientes, mientras hablaba.

En Barcelona hay una red subterránea hecha de túneles que unen las grandes casas burguesas. El primer pasadizo de la izquierda conduce a La Casa Batlló, y hay otros que llevan a La Pedrera, al eje masónico del Passeig de St. Joan y hasta Plaça de Catalunya. La gente estamos muy revueltos (su aparentemente contradictorio uso del plural, por supuesto, me llamó la atención), en esta ciudad ha triunfado el anarquismo, los movimientos sociales cobran fuerza, la calle está activada y la alta burguesía catalana tiene mucho que esconder. Por aquí desaparecen cadáveres, los señoritos se intercambian criadas, se trafica con droga, lo que haga falta. Les odio. Y a mi padre por encima de todos. Es un negrero.

Luego supe que Lluís venía de una familia textil que había hecho fortuna en Cuba, donde tenían una bodega. Pensé en mi tío abuelo Fernando, el primer Fernando de todos los que siguieron, el indiano, que negoció con tabaco en Matanzas, llevando la mercancía de las fábricas al puerto en un tren de su propiedad. Ellos vivían en Madrid y su historia era muy lejana para mí. Nuestra familia de trabajadores venidos a más gracias al talento de mi padre para la ingeniería y a la habilidad de la abuela para llevar la tienda de sombreros, vivía ajeno a los lujos que descubría en Lluís y en los suyos y a lo que podía intuir de lo que había contado mi padre de su tío. Por un momento, me perdí en aquellos devaneos del pensamiento, cuando algo me devolvió a la realidad: el cuerpo de Lluís contra el mío. Descubrí que me estaba besando. Al fin. Me deshice entre sus labios, debajo de su lengua. Me dio un largo abrazo, en el que llovió sin fin entre nuestros pechos. No nos podíamos separar.

Ven, sigamos en casa, no quiero que nos encontremos a alguien.

Una vez en el piso, me condujo hasta su habitación. Era toda de madera, tenía una cama pequeña y estaba repleta de juguetes de latón en múltiples estanterías. En ella, hice mía mi felicidad. Pero nos interrumpió un olor a quemado. Cruzamos desnudos el gran piso repleto de pinturas y comprobamos que nuestro experimento (y la olla de su madre) se habían echado a perder. El gato, chamuscado, ardía en el fondo de la olla. Apagamos el fuego y le echamos agua al gato, que lanzó una enorme humareda y dejó la pared ennegrecida. Abrimos las ventanas para que aquello se ventilara y volvimos a la habitación con juguetes de latón. Nuestra relación se alargó el tiempo que duré yo mismo... Las víctimas de la guerra no solo fueron los soldados del frente, ni los civiles muertos por las bombas. El tifus y la tuberculosis dieron a luz muchos niños y adolescentes muertos, hijos de la pobreza. Sus delicados cadáveres se reprodujeron en las pesadillas de los adultos más firmes... En el hospital, Lluís venía por las tardes a leer en voz alta para mí. Oyéndole leer, con la luz de la primavera ya para siempre tras el cristal, supe que mi tiempo se terminaba: percibía con nitidez el extinguirse de la felicidad. Cuando él se sentaba a mi lado en la cama, el miedo desaparecía. Una tarde, sin motivo, me habló de lo tristes que le parecían los domingos en el Eixample, cuando veía las hojas en el suelo, aquella luz mortecina de domingo entorno a la cual todo se centraba. Sí, yo morí de meningitis con carácter tuberculoso, el primer día de primavera de 1937, cuando estaba a punto de cumplir los quince años. Después del primer bombardeo de Barcelona, en el refugio, me comenzó a doler la cabeza y no me libré del dolor hasta que la muerte me alivió. El cerebro ardía. Todo me molestaba, hasta la luz. Prefería quedarme a oscuras.

Valentina presenciaba todo aquello con pavor. Me miraba por la puerta entreabierta, sin atreverse a entrar. Le habían dicho que mi enfermedad era contagiosa y ella me saludaba desde la puerta y después entraba para dejarme un vaso de agua o algo para comer. Nunca se atrevía a tocarme, como si yo estuviera a punto de estallar. En realidad, Valentina siempre estaba fregando. No habían

pasado tres meses de mi muerte, cuando mamá se quedó embarazada de tu madre. A pesar de que el médico se lo desaconsejara, porque tenía el corazón frágil. A mamá, con tal de dar vida otra vez, no le importó poner en riesgo la suya. Tu madre siempre sintió que sobraba; en las fiestas, en las conversaciones, siempre tuvo la sensación que ella estaba de más, fuera de lugar, como alguien que no iba a ser invitado y finalmente vino en el último momento, porque había espacio de más. Claro que aquí se pasaba mucha hambre, pero en el fondo, yo creo que se fue por eso a Polonia. Tu madre siempre tuvo un sueño recurrente: llegaba a una casa sola, inhabitada. Un sitio para ella, en lo alto de una colina.

¿Cómo lo sabes?

Muchacho... Es triste que tu madre siempre pensara así. Se hizo imprescindible, siempre cuidando a los demás miembros de la familia...

Eso es verdad...

¿Qué sabes tú lo que es verdad y lo que no, si tú no estabas...?

Es verdad solo hablo de oídas.

Me alegro de que te des cuenta... Perdón, no me gusta enervarme... En fin, que tu abuela Avelina pasaría en cama el embarazo y Valentina, que acababa de cumplir los once años, se hizo cargo de la limpieza de la casa junto a la chica que entonces trabajaba para ellos. Los domingos, iba por la mañana al cementerio para que nuestros padres encontraran mi tumba limpia cuando fueran por la tarde. Imagino a Valentina arrodillada frente a mi nicho, limpiando con agua y jabón el polvo y las moscas muertas que se habían acumulado durante la semana. Hasta que los bombardeos se hicieron más frecuentes y tuvieron que irse de Barcelona, las visitas al cementerio y el paseo hasta allí fueron el único consuelo para mi familia. Sin embargo, a tu tía le quedó el complejo de ser fría. Por lo visto, la noche en que me fui y la familia irrumpió en llantos, ella bajó al piso de abajo y empezó a fregar el suelo de la sombrerería que tenían. Cuando la tía Paquita, que era muy soviética, la vio, va y le suelta:

No tienes sentimientos.

Mi entierro no fue cómo me lo había imaginado. No encontré ningún placer en él. Ni siquiera fue hermoso que el cementerio estuviera cerca de casa, en el Poble Nou, y cerca del mar. Durante el entierro, recuerdo a Lluís en una esquina apartada del cementerio, debajo de un árbol. Hablaba conmigo en voz baja, aunque yo ya no le pudiera contestar... Bueno... Mi historia no me parece mía cuando la cuento... Hace tiempo que quería visitarte, dice.

Tampoco me lo parecería a mí si lo fuera. Toda la vida oyendo hablar de ti.

Y yo llevo años observándote. Te he observado detenidamente.

Eso me asusta un poco.

No te asustes, vine a aliviarte, dice. Vine a decirte que yo no soy tú.